CAPÍTULO DOS

La visita

Entrar en la vida de las personas era la peor parte del trabajo para Tatú. A la hora de presentarse, se sentía incómoda. Aunque no era su deseo, el primer contacto siempre asustaba, y eso la enojaba mucho. Aquel día, después de décadas y décadas de sueño profundo en el mundo de las hadas, tenía una misión: resolver un nuevo problema juvenil. Como de costumbre, entró en el sueño de la persona elegida, aquella que la ayudaría en su misión en la Tierra.

Claro que la elegida era Luna, que estaba soñando con cálculos para la prueba del día siguiente, cuando Tatú entró en el medio de una ecuación, toda bamboleante. ¡Qué exhibicionista era esa hada!

–Hola, Luna, ¿todo bien? Es un placer conocerte; yo soy Tatú.

–¿Tatú? ¡Hablas en serio! ¿Qué nombre es ese?

–Mi nombre es Ortatulina, Tatú es mi sobrenombre.

–Mejor. ¿Pero por qué Tatú? El tatú es un animal tan feo...

–Sí, pero yo soy un hada linda, que entró en tu sueño para despertarte.

–¿Hada? Yo no creo en hadas. Y, la verdad, no me pareces nada linda.

–De todos modos, chica maleducada, debes despertarte para tener una conversación seria conmigo.

–No creo en hadas; por lo tanto, no puedo conversar con hadas.

–¿Ni en sueños?

–Ni en sueños. ¿Ahora, puedes irte por favor? Necesito dormir, tengo un examen importante mañana y estás perturbando mi sueño.

–Te vas a sacar un 7, nunca más vas a tener una nota roja en el boletín. Entonces, ¿estás lista para despertarte ahora?

–¡No! ¡Qué insistente eres! ¡Vete ya mismo!

–¿Que me vaya? ¡Ahora veo por qué tu madre cree que eres una grosera!

–¿Grosera? ¡Grosera eres tú! ¡Chau! –gritó Luna, irritada.

–¿Cómo que chau? ¡No me puedo ir ahora! ¡Caramba! Siempre me olvido de lo que el Libro de las Hadas dice

que hay que hacer con la gente que reacciona mal hasta en los sueños... ¿Cómo era? Abracadabra... ¡Cara macabra! ¡No, no es así! ¡Qué ridiculez! ¿De dónde saqué eso?

–¡Eh! ¡Cállate de una vez! Quiero volver a soñar con números; era mucho mejor. ¡Desaparece de mi vista!

–No puedo desaparecer. ¿No te lo he dicho acaso? Tú eres la persona elegida para ayudarme en mi misión. ¡Debemos conversar urgentemente!

–¡No puedo creer que todavía estés hablando! Sal de mi sueño, déjame dormir. ¡Las hadas no existen!

–¡Existen sí, malcriada! ¡Mírame a mí, aquí!

–¿Ah, sí? ¡Entonces, pellízcame! Si eres de verdad, me despierto y conversamos.

–¿Conversamos tranquilamente?

–Tranquilamente.

–¿Lo prometes?

–Lo prometo.

Tatú le dio un pellizco suavecito en el brazo. (A ella le encantaba esa parte; era común que los elegidos le pidieran que los pellizcara. ¡Quién entiende a los humanos!). Luna se despertó de inmediato y se encontró cara a cara con el hada, que tenía la mirada resplandeciente y apasionada, y una actitud muy altiva, con las piernas cruzadas, sentada al borde de la cama, tamborileando los dedos sobre las rodillas. La chica realmente se asustó. Resolvió frotarse los ojos para ver si seguía soñando. Se los frotó mucho, mucho, y se le pusieron rojos. Cuando vio que

aquella persona frente a ella era de verdad, no tuvo otra alternativa que decir:

–Sal de aquí ahora; si no, voy a gritar.

–Gritar no es conversar tranquilamente. Tú prometiste que íbamos a conversar tranquilamente, ¡no puedo creer que me mentiste!

–No sé qué eres ni cómo hiciste para entrar en mi sueño y para invadir mi casa, pero voy a gritar –avisó la adolescente.

Y gritó, y gritó, y gritó.

Y se sorprendió al escuchar el mayor silencio de su vida, y se quedó sin aliento.

El hada no se inmutó con los gritos ni con los nervios de Luna.

–Puedes gritar, pero no va a servir de nada. Ni tu madre, ni tu padre, ni nadie del edificio se va a despertar. Pasé el día entero lanzándoles un polvillo sensacional; el mundo podría acabar ahora mismo y nadie se va a enterar.

"¿Por qué está ocurriendo esto en la víspera de la prueba de Matemáticas? Debe de ser porque estudié mucho y estoy delirando. ¡Pobrecita de mí!", se desesperó Luna, que a esa altura ya caminaba en círculos por la habitación.

–¿Cómo entraste aquí? Está todo cerrado con llave, mi padre siempre controla las cerraduras antes de dormir.

–¿Has visto a un hada tocando la puerta, pequeña?

–¡No creo en hadas! –se exasperó Luna.

–¡Ay, qué pesados son ustedes los humanos con esto

de no creer! ¿Cómo es posible que no creas en hadas si estás hablando con una?

–Esto no puede ser cierto. Si fueras un hada, llevarías ropa de hada, blanca, vaporosa, linda, larga... no ese vestido amarillo huevo con motas negras, esos guantes que no combinan con nada, ese cabello voluminoso y ese bolso con forma de plátano.

–¿Qué hada conoces que ande vestida de esa manera? ¡Solo un hada antigua! ¡Qué desactualizada estás! Yo soy un hada moderna, ¿no lo ves?

–¿Vas a insistir con esta historia ridícula? Si eres un hada, ¿dónde están tus alas? ¿Eh? ¿Eh?

–¿Qué alas? Los ángeles son los que tienen alas. Y las palomas mensajeras. Y yo no soy nada de eso, soy un hada. ¡Ha-da!

–¡Campanita tiene alas!

El hada se descontroló en serio:

–¿Campanita de Peter Pan? ¡Pero, por favor, muchacha, Campanita es un *personaje*! ¡Es ficción! *ELLA* no existe. ¡Yo sí existo, soy de verdad, estoy aquí, enfrente de ti, eh!

–¡Entonces, pruébame que eres un hada! ¿Por qué no haces alguna... alguna... alguna cosa de hada?

–Entrar en tu sueño, después en tu habitación, decirte la calificación de la prueba de mañana y hacer que tus padres y todos los habitantes del edificio duerman profundamente, ¿es poco para ti? No estoy autorizada a gastar mis poderes con los elegidos, de ninguna manera. ¿Okey?

Luna escuchó la catarata de palabras y se sintió aún más confundida. Tatú realmente había hecho todo eso, lo que debía bastar para que creyera en ella. Pero era muy difícil para la muchacha creer en esa joven inquieta, con ropa extraña, que había invadido su vida en el medio de la noche... Era todo muy extraño, surrealista, increíble.

–No te veo, no te escucho, eres fruto de mi imaginación, de mi cansancio, de mi estrés. No existes.

–Oh, Luna, me estás lastimando... –El hada se mostró compungida.

–Estoy durmiendo. Tengo la falsa sensación de que me desperté, pero estoy durmiendo profundamente. ¡Estoy segura!

Tatú se llevó las manos a la cabeza; dramática, miró hacia el cielo y exclamó:

–¡Ay, ay, ay, dame paciencia, Hadona de las Hadas!

–¿Hadona de las Hadas? ¿Cómo puedes pensar que voy a creer en alguien que se llama Hadona de las Hadas? ¡Eres una farsante! O, espera... ¡ya sé! Fue Bia Baggio quien te mando aquí para ver si estaba enojada con ella, ¿verdad?

–¡Ella nunca haría eso! Bia Baggio es divina.

–Ah, ¿entonces, eres amiga de ella?

–No, apenas conozco a Bia Baggio y a todos los que forman parte de su universo. Las hadas del Departamento de Investigación se esmeraron, sé todo sobre ti.

–¡Espera, no sigas con esta historieta de las hadas, por favor! Si no viniste aquí enviada por Bia, eres una ladrona

muy experta. Mira, no tenemos dinero ni joyas en casa. Lo que puedo hacer es darte algunos vales de restaurante y transporte de mi padre. Solo eso.

–¿Vales de transporte? ¿Vales de restaurante? Caramba, si hubiera venido a robarte, me habría equivocado, ¿no?

–Si no eres una ladrona ni te envía Bia Baggio, ¿quién eres?

–¡Soy un hada, muchacha! ¡Ha-da! ¿Además de desconfiada eres sorda?

–¡Las hadas no existen!

–Oh, qué pesadez... el tiempo pasa, pero esto nunca cambia.

–¿Esto, qué?

–Este descreimiento insoportable de ustedes, los humanos.

–¿Qué puedo hacer si no creo en las hadas?

–Ay, ay... ¿cuánto tiempo crees que te llevará, más o menos, creer en mí, eh? Necesito buscar algo para hacer mientras piensas, no me quiero aburrir.

–¡Jamás voy a creer en ti! Las hadas son entidades fantásticas que solo existen en las historias infantiles, en las películas y en la imaginación.

–¡Muy buena definición! Solo que no estoy en tu imaginación. Estoy en tu dormitorio. ¿Cuánto tiempo te llevará creer en esto?

–¡Ya te dije que no voy a creer nunca!

–Ups... va a llevarte un tiempo. ¿Tienes algunas revistas

de chismes? ¡Amo las revistas de chismes! ¿La *Joven Guardia*[1] aún existe? Necesito actualizarme.

–¿Tú crees que yo conozco a algún guardia? ¡Ni joven ni viejo; no estoy para guardias! Y no; ¡acá no hay revistas de chismes! ¡Somos una familia culta! –se exaltó Luna.

–¡Ay, qué lástima!

–Escúchame, no me voy a sumar a este delirio, que es fruto de mi estrés ante la posibilidad de otra nota roja en mi boletín. Voy a dormir y mañana no recordaré nada.

–¡No pensé que serías tan terca, Luna! ¡Qué chica desconfiada! Solo espero que no me ocurra lo que le sucedió a mi tía Efidelia. La pobrecita pasó *siete meses* sentada, esperando que la persona elegida se convenciera de que ella era un hada de verdad. ¡Qué castigo!

–Me voy a acostar, estoy delirando, esto solo puede ser fruto de mis nervios por la prueba –dijo Luna, ahora sentada en la cama.

–¿No te dije ya que te vas a sacar un 7 mañana? ¿Para qué te preocupas? Hablando del examen, si fuera tú, ni pensaría en mirar la de Clara, ella está mucho peor...

Acostada, con la cabeza bajo la almohada, Luna dijo:

–No te escucho más. Estoy durmiendo. Tu voz está sonando lejos... lejos... –susurró, antes de cerrar los ojos.

Se hizo silencio. Luna creyó que todo era solo un sueño loco, como tantos otros. "¡Claro que es un sueño!", pensó.

1. Movimiento musical brasileño de fines de los años cincuenta y principios de los sesenta. [N. del E.]

Y el estrés, la presión, la preocupación por el examen, por la relación con su mamá... pero no era hora de pensar, era hora de dormir. Necesitaba despertarse temprano mañana. Relajándose y sintiendo que los latidos de su corazón se calmaban, empezó a entrar de nuevo, rápidamente, en el mundo de los sueños cuando...

–¡Buah! –lloró Tatú, bajito, ahora sentada en la silla "lunamente" pintada, frente a la muchacha, que se levantó de un salto, dando un grito más agudo que un alarido de montaña rusa.

Al levantarse, Luna empujo a Tatú, que cayó de espalda al suelo. Y corrió hacia la cocina, aterrorizada, jadeando, con el corazón palpitante, la boca seca y el estómago en llamas. Después de entrar, empujó la puerta con fuerza y la cerró con llave. Giró y se vio cara a cara con un rostro familiar...

–¡Hiciste bien en venir corriendo hasta aquí! Es una oportunidad única de ver que soy un hada, y dejar de desconfiar. ¿Cómo podría llegar aquí antes que tú si no fuera un hada? ¡Aún más, después de ser brutalmente empujada al suelo! –dijo Tatú, sentada encima del fregadero, comiendo una manzana–. ¿Te convencí ahora?

No, no la había convencido. La chica quedó aún más confundida. Quiso regresar a la habitación, pero la puerta de la cocina no abría de ninguna manera. Nerviosa, sudando frío, mientras ponía repetida y forzadamente la llave en la cerradura para salir de allí, Luna conversaba consigo misma, bien bajito:

–No entres en pánico. No entres en pánico. Esto es una alucinación.

–No vas a poder salir; di un soplido mágico para trabar la puerta, de modo que podamos conversar y que no huyas de mí otra vez. ¡Siéntate allí!

–¡Espera! ¡Me estás asustando! ¡Mamááá! –gritó Luna, llorando, golpeando una y otra vez la puerta de la cocina.

–¡Ella está durmiendo profundamente! Chica desmemoriada, ¿no te dije que les eché a tus padres el maravilloso "¡Oh, buen sueño!"? ¡Ese polvillo es genial! ¡Infalible!

"¡Oh, buen sueño!" era el nombre del polvillo.

Polvillo de un hada que se llamaba Tatú.

Era demasiado para la cabeza de una chica de 13 años, casi 14.

Luna comenzó a chillar.

Lloró, lloró y lloró. Estuvo al borde de un ataque de nervios. Por su parte, el hada no movió ni un dedo con el llanto. Dio una mordida a la manzana, dos, tres, cuatro. Y devoró la fruta, su preferida.

Sin alternativa, después de un llanto reparador, Luna hizo la pregunta que no quería callar, aún sollozando:

–¿Qué quieres de mí?

–Que te hagas amiga de Lara Amaral.

–¡¿Qué?!

–Tienes que hacerte amiga de Lara Amaral. Por eso estoy aquí. Porque me designaron para esa misión: resolver el problema de Lara, que va a ocurrir pronto, pronto. Tú

debes ayudar y, para eso, tienes que hacerte amiga de ella. Ese es el resumen.

–¿Qué pasa con la tonta de Lara? ¿Qué tengo que ver yo con el problema de Lara? ¡No me interesa para nada el problema de Lara! ¿Cómo es posible que un problema de Lara distraiga a un hada de sus quehaceres? ¡Ahora sí que no creo en ti en absoluto! –dijo Luna, antes de dirigirse hacia la puerta de la cocina y girar la manija–. ¿Viste? No fue tu soplido mágico lo que la cerró, la puerta se había trabado sola, ¿okey? Ahora voy a mi habitación. ¡Permiso!

Tatú fue detrás de ella.

La sorpresa al llegar a la Casa de Luna fue enorme. Estaba ordenadísima, ni una miga en el suelo, ni un CD fuera de su caja, ninguna prenda fuera del armario. Una habitación como hacía mucho tiempo que Luna no veía.